

cambio de la vida humana que abogaban...

La reconstrucción del materialismo histórico está, pues, constantemente abocada a problemas filosóficos. Como resulta que para Habermas la filosofía ha dejado de ser *prima philosophia* para convertirse en actividad crítica, una especie de metateoría de la ciencia, tampoco parece molestarle que su reflexión se pare allí donde los datos científicos no se aclaran. Afirmar que temas como el del sujeto de la historia o el de la visión de la historia como un conjunto pueden ser obviadas significa, por lo menos, olvidarse de todo el contexto en el que nace la teoría marxista de la interpretación materialista de la historia y que el materialismo histórico trata de responder: ¿Por qué el hombre, afirmado como sujeto histórico, no es el sujeto real de la historia, ya que buena parte de ella transcurre como si el hombre, en vez de agente, fuera el paciente de la misma? Y, ¿cómo explicarse la responsabilidad del hombre cuando se cuartea a la historia en trozos inconexos? Estas son preguntas filosóficas, efectivamente, pero son las cuestiones que han dado sentido al tema de la filosofía de la historia.

La obsesión de Habermas por reducir el quehacer técnico-instrumental a sus proporciones, distintas e inconfundibles con las de la actuación comunicativa, no parece que le garantice un espacio suficiente para entroncar con la tradición filosófica de las cuestiones del materialismo histórico. Buscar el destilado racional y operativo de las cuestiones filosóficas tiene este riesgo de marginar la punta más aguda del problema.

Huelga decir que la aventura de buscar lo racional y operativo del concepto es la parte

más original e importante del libro cuya envergadura hay que medirla más como una aproximación metodológica que por sus contenidos. El libro de Habermas es de los importantes. La traducción de la obra plantea problemas muy específicos. Habermas escribe un alemán conceptualista y difícil; traducido al castellano resulta hortera, barroco y petulante, cuando no ininteligible. No me refiero a la traducción material que es, en general, correcta, sino al problema de fondo de toda traducción filosófica, que necesita mayor sentido creativo.

(*) Jürgen Habermas: *Reconstrucción del materialismo histórico*. Ed. Taurus. Madrid, 1981.

EL EXTRAÑO CASO DEL PROF. FEYERABEND

Alberto Elena

Cuando, allá por los años veinte, Erich von Stroheim comenzó a poblar con sus corrosivas películas las pantallas de los Estados Unidos, no tardó en hacerse acreedor de un título poco común: «El hombre al que a usted le gustaría odiar». Pues bien, parece como si ahora Paul K. Feyerabend —otro vienés— anhelase tal gloria. Y, a la vista de los hechos, cabe pensar que ciertamente lo ha conseguido. Raro es el honorable especialista en la materia cuyas iras no haya logrado despertar este osado autor de panfletos contra el método, la metodología de la ciencia y tantas

otras cosas. Contados son los que han logrado reprimir su natural inclinación a tomar la pluma y desenmascarar públicamente su impostura. El destino se ha encargado de hacer lo demás, enviando al otro mundo a su único gran aliado: Imre Lakatos. Y, no obstante, cabría preguntarse más: ¿Es nuestro autor realmente digno de tan singular fortuna? ¿Cómo es posible que un representante de un gremio de tan escasa implantación social como es el de los filósofos de la ciencia haya alcanzado estas cotas de popularidad? Intentemos bucear en las razones del extraño caso del Prof. Feyerabend.

Tratado contra el método (*) aparece en nuestro país cuando en los escaparates de las librerías de todo el mundo se ven ya los diversos volúmenes de los *Philosophical Papers*, de Paul K. Feyerabend. Contra viento y marea su obra ha acabado convirtiéndose en un clásico de la moderna filosofía de la ciencia. Algún mérito debe, por lo tanto, de haber en ella más allá de las provocaciones y las *boutades*.

El lector que en 1974 se enfrentase con la primera traducción al castellano de un ensayo de Feyerabend (su artículo *Against Method*, editado en forma de libro por Editorial Ariel) difícilmente podría haberse formado una idea adecuada del mismo a menos que tuviera ya un cierto conocimiento de los escritos anteriores del autor. *Contra el método* era, de alguna manera, el colofón de una brillante serie de artículos en los que Feyerabend había procedido a dismantelar los dogmas más queridos de los metodólogos positivistas de la vieja guardia. El blanco principal de sus críticas era la teoría de la explicación suscrita por éstos (en su versión Hem-

pel-Oppenheim, por ejemplo) y, en particular, dos de los supuestos inherentes a ella: a) la condición de consistencia (es decir, sólo son admisibles en un dominio dado aquellas teorías que contienen —o, al menos, son compatibles con— las otras teorías ya empleadas en dicho dominio), y b) la condición de invariancia del significado (los principales términos descriptivos de una y otra teoría deben ser portadores de un significado idéntico). Ambas condiciones eran, para Feyerabend, claramente restrictivas y conducían a un monismo teórico opuesto a ese empirismo tolerante que en principio todo el mundo consideraría deseable.

De este cuestionamiento de la teoría *standard* de la explicación se seguía de suyo la crítica no menos feroz a la concepción del cambio científico encarnada por la teoría de la reducción de Nagel, otra de las piezas claves de la filosofía de la ciencia de los epígonos del Círculo de Viena. Esta concepción presupone que el progreso científico tiene lugar merced a la subsunción de una teoría T' en el seno de una nueva y más amplia teoría T. Pero si, como vimos (y Feyerabend ofrece los análisis pertinentes), el significado de los términos descriptivos de T' no se corresponde con el de los términos descriptivos de T, difícilmente podrá hablarse de reducción de una teoría a otra. T y T' serían, pues, inconmesurables y cada una de ellas comportaría su propia ontología. Un estudio minucioso de la práctica científica real demostrará que así es que los cambios científicos acaecidos a lo largo de la historia no tienen nada que ver con lo que el bueno de Nagel pretendía. *Explanation, Reduction and Empiricism* (1962) y las dos partes de *Problems of Empiricism* (1965 y

1969) son auténticas piezas maestras de lo que se ha dado en llamar filosofía post-popperiana de la ciencia.

Es entonces (en 1970) cuando Feyerabend publica su artículo *Contra el método*, donde el rigor y la seriedad de sus primeros trabajos se truecan por el desparpajo, el narcisismo y su innegable barniz polémico. Parece como si el autor estuviera ahora más preocupado por sorprender y desconcertar que por modificar la opinión de los especialistas en relación a determinados problemas filosóficos. Lutero, Hegel, Lenin, Mao, Brecht, Freud, Masters & Johnson, etc., tienen cabida por vez primera en un ensayo de metodología de la ciencia. Por si fuera poco, Feyerabend se auto-proclama *anarquista* o *dadaísta* epistemológico, habla de «ciencia sin experiencia» y, en líneas generales, no deja títere con cabeza. ¿Qué otra reacción cabría esperar sino la que efectivamente se dio?

Contra el método, más allá de su apariencia frívola y desconcertante, no hacía sino presentar de nuevo las críticas a las citadas piedras angulares de la metodología neopositivista. No añadía ningún argumento nuevo (antes bien, reproducía *textualmente* extensas partes de sus trabajos anteriores, práctica ésta a la que Feyerabend es muy aficionado), sino que los retomaba bajo unos tintes voluntaria y decididamente polémicos. En *Contra el método* el bosque no deja ver los árboles: la exuberancia folklórica impide a veces (y, sobre todo a los lectores no advertidos) reconocer los lúcidos y fecundos argumentos que el autor aporta. Algo de esto sucede también con el *Tratado contra el método* que acaba de publicarse en nuestro país.

Tratado contra el método tiene en el original inglés el mismo título que el artículo de 1970 (lo de *Tratado* es una invención de la editorial española, que acaso pretende dar así una apariencia más académica a lo que el propio autor presenta en la dedicatoria como una extensa carta, un tanto informal, a Imre Lakatos). Su contenido es también el mismo: la única diferencia estriba en el número de páginas. ¿Cómo se las ha apañado Feyerabend para multiplicar los entes sin necesidad? A un polemista tan consumado como es él no podían faltarle recursos para ello. Basta con echar mano a las tijeras y reproducir profusamente *fragmentos* de sus trabajos anteriores, aumentar el número de notas a pie de página (las 221 de *Contra el método*, artículo, se quedan en nada si se las compara con las 477 del nuevo volumen) o incorporar apéndices por doquier (cinco en total). Y, por si todavía fuera poco, Feyerabend se decide finalmente a dar rienda suelta a su conocida vocación de reformador social (patente desde el comienzo de su carrera) y amenaza con meterse a teórico de la política. Resultado directo de toda esta amalgama: un nuevo libro en el mercado.

Tratado contra el método es, como cabría esperar, un alegato en favor de ese tan vago «anarquismo epistemológico» del que tan orgulloso se siente su promotor. Los críticos han tratado, por lo general, de despacharlo de un plumazo, mas lo cierto es que —bien entendida— tal posición acaso fuera merecedora de una suerte mejor. Trascendiendo las imprecisiones, el confusionismo, las deficiencias y las bromas, el anarquismo epistemológico es —cuanto menos— el corolario obligado de los rigurosos trabajos

emprendidos por Feyerabend a lo largo de la década de los sesenta. Tal vez esto debiera bastar ya para que se le concediese un buen margen de confianza. Que la elección de la etiqueta no resulte excesivamente afortunada no ha de ser óbice para apreciar en su valía lo que tras ella se esconde. Convenientemente desprovisto de los ornamentos retóricos, los guiños y los inevitables frutos de los excesos temperamentales de su artífice, *Tratado contra el método* constituye un completo compendio de los argumentos feyerabendianos contra los dogmas de la metodología del neopositivismo lógico. Proporciona, además, una batería de excelentes análisis de casos históricos concretos (su enésima exposición del caso Galileo es, superando a las anteriores, francamente magistral), replanteando así —sobre la marcha— la relación entre la filosofía de la ciencia y la historia de la ciencia. Un incisivo sentido del humor salpica en los momentos más inesperados el desarrollo de la argumentación, detalle que en ningún caso deberíamos dejar de agradecer. ¿Qué más se puede pedir?

Los enemigos de Feyerabend le pedirían un poco de sensatez. El último capítulo de *Tratado contra el método* desborda ya todos los límites de lo tolerable por parte de tan sensibles espíritus. Afirmar que la ciencia no es sino una más de entre las muchas tradiciones e ideologías desarrolladas por el hombre, pese a que en su desbocada arrogancia trate de erigirse en hegemónica, resulta ciertamente provocador. La ciencia y el racionalismo —nos dice Feyerabend— encarnan hoy en día un dogmatismo tiránico y sofocante. Sus análisis no dejan de tener interés, si bien sus utópicas propuestas no mere-

cen otra cosa que una piadosa sonrisa. Es comprensible que se desdeñe este Feyerabend mesiánico, pero no es justo en absoluto olvidar sus contribuciones a la filosofía de la ciencia. ¿Una de cal y otra de arena? Posiblemente. Pero una figura tan atípica como este travieso vienés está llamada casi por fuerza a despertar impresiones ambivalentes: quizá resida ahí, precisamente, la gracia de todo el asunto. Y también por eso mismo no está nada claro si hemos de sentirnos gratificados o más bien aterrados por el hecho de que el extraño caso del Prof. Feyerabend diste mucho de haber llegado a su fin.

(*) Paul K. Feyerabend: *Tratado contra el método*. Madrid, Editorial Tecnos, 1981.

CONSTITUCION, DERECHO Y POLITICA

Fernando Dorado

La ruptura que en el sistema jurídico español supuso la entrada en vigor de la Constitución, a finales de 1978, ha traído no sólo un importante cúmulo de trabajo para el Parlamento post-constituyente, sino una abundante inflación de literatura jurídica y política. El profesor Peces-Barba, en su doble condición de científico y político, de jurista y diputado socialista a la vez que padre de la Constitución, ha querido contribuir al debate abierto con el libro que pretendo comentar con brevedad (*).

Estamos ante un intento de abordar el tema saltando por

encima de los márgenes que nos ofrecería un punto de vista estrictamente jurídico-constitucional, para situarnos en la perspectiva más global e integradora que ofrece una moderna teoría del Derecho.

Tras los años de la dictadura en que, en consonancia con la ideología oficial, incluso el quehacer científico-social debía estar al margen de la contaminación por lo político, hoy ya no es posible mantener seriamente tales posiciones. Sólo teniendo presente que los problemas que plantea la filosofía jurídica pueden estar entendidos correctamente acudiendo en última instancia a la filosofía política, podremos avanzar en el estudio de las cuestiones relacionadas con el origen de un ordenamiento jurídico. Lo que nos lleva a considerar el hecho desnudo del poder político, y no una hipotética norma fundante, como fundamento de la validez y eficacia de todo ordenamiento jurídico-positivo, que en un Estado de Derecho encuentra en la Constitución la norma que da coherencia al sistema, colocada en el escalón superior de la jerarquía normativa. Con esto no quiero abogar por un reduccionismo de lo jurídico a lo político, sino señalar la pertinencia de la perspectiva que el autor escoge, puesto que la actual teoría del Derecho encuentra su enfoque adecuado desde la teoría del ordenamiento jurídico. Por otra parte, es evidente que las posiciones sostenidas en el libro se corresponden con las que sostuvo el PSOE a lo largo del recorrido que la Constitución hubo de realizar por las Cortes Constituyentes, lo que, a veces, llega a traicionar ese legítimo equilibrio entre la razón del científico y el corazón del político.

La izquierda que llega al Parlamento en junio de 1977